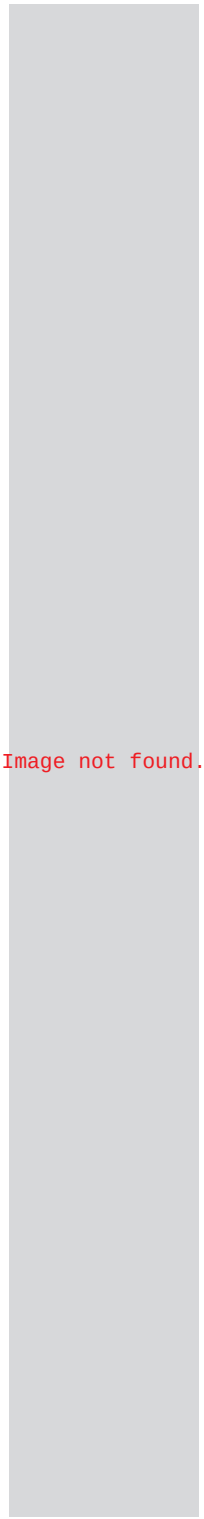
Pintura, música y danza

Gabriel Araico



Capítulo 1

Esperando que pasara la lluvia junto a varias personas más que nos refugiábamos bajo un pequeño techo, algunas notas musicales del concierto de Jazz sonaban aun en mi cabeza, ambientando el rato. Cerré los ojos recordando la pasión con que tocaba el bajista y podía escucharlo tan fuerte y claro que por un momento creí que estaban tocando de nuevo en el salón del fondo. Abrí los ojos y busqué con la mirada a través del recinto hacia el salón donde había sido el concierto, pero todo estaba vacío. Incluso la lluvia había pasado.

Noté la calle húmeda y los árboles que soltaban gotas como pisadas musicales que seguían en mi cabeza. Me sentía diferente, había demasiado silencio alrededor. Extraño, ya que este lugar por lo general está concurrido. Di unos pasos por el camino de costumbre, y noté que mis zapatos provocaban eco aún aquí, estando al exterior, frente al auditorio al aire libre.

Avancé un poco y algo al centro de la tarima llamó mi atención. Incliné la cabeza y bajé un poco mis lentes para asegurarme que no era porque estaban sucios, y descubrí entonces que había una cubeta de pintura. Voltee hacia todas partes y seguía siendo tan extraño que no hubiera nadie. Traté de recordar si el objeto estaba ahí antes o no y el tema perdió mi interés ya que probablemente la habría olvidado algún trabajador. Pero mi curiosidad no fue tan fácil de satisfacer, así que tenía que saber de algún modo por qué estaba ese contenedor ahí, solo, sin ninguna otra herramienta de trabajo alrededor excepto la punta de una brocha que se asomaba desde el interior.

Comencé a acercarme, acompañado por el eco de mis pasos buscando alguien que me diera alguna explicación. El lugar estaba desolado.

Subí con dificultad la tarima teatral y caminé hacia la cubeta descubriendo que el contenido de su interior no era normal sino un líquido reflejante, parecido a la pintura que se usa para espejos. Me incliné y con precaución moví un poco la brocha confirmando mi teoría; esta sustancia provocaba una extraña sensación de vacío. Saqué del interior la brocha notando que las pequeñas gotas que caían dejaban manchas de varios colores y una vez convencido que se trataba tan solo de pintura, como cualquier niño haría, necesitaba un lugar donde apreciar el resultado. Busqué con la mirada alrededor si había alguien como quien se cuida de una próxima travesura y al verme solo, frente a una enorme pared blanca al fondo del auditorio, no pude abstenerme de sumergir la brocha en el interior asegurándome se empapara de suficiente líquido, y escurriendo, la llevé hasta aquella pared donde comencé a sacudirla de manera errática.

Logré mi cometido al ver la pintura escurriendo, pero no quedando satisfecho repetí un par de veces el proceso y descubrí que no se trataba de lo que había pensado, sino que lo que se impregnaba con cada mancha, era la silueta de una mujer.

Tras el asombro, corrí hacia el bote y remojando la brocha de nuevo volví a la pared y terminé de trazar aquella silueta que me tenía atónito, la pintura hacia sola mayor parte llenando espacios vacíos, dando forma a esa mujer escultural de cuerpo delgado con las piernas estilizadas más bellas jamás antes vistas. Una vez que se formó en su totalidad, volví al centro y sentándome junto al bote introduje la brocha en su interior.

Pasé minutos admirándola, lleno de preguntas en mi cabeza.

Estaba agotado y aun así me era imposible apartar un segundo la mirada de aquella imagen cuando un relámpago seguido de un impactante trueno en el cielo me hizo sobresaltar de mi hipnosis. La lluvia venía de nuevo. Miré al techo de lona considerando salvaguardar del agua aquella obra de arte.

Comenzó de nuevo el caer de las gotas y su arrullo me llenó de paz. Intenté disfrutar de nuevo con la mirada pero me di cuenta que la silueta de la mujer había desaparecido, dejando tan solo una sombra en su lugar.

Trataba de comprender aquel suceso cuando sentí detrás un par de brazos delgados que se deslizaban entre los míos… deseaban abrazarme. Lleno de miedo intenté lanzarme hacia el frente, luchando de manera inútil por levantarme ya que apenas conseguí huir a gatas hasta la pared del fondo, donde giré hacia ella e intentando recuperarme del susto hice un nuevo intento por levantarme pero mis piernas no respondieron, dejándome sentado a merced de ella quien lo sabía y permanecía en cuclillas con una bella pero despiadada sonrisa, mientras yo me aferraba asustado de espalda a la pared. Se levantó despacio sin apartar nunca de mí su mirada, pero tampoco podía esquivar la suya y dejar de admirar su belleza.

Otro fuerte relámpago apagó toda luz alrededor, dejándome envuelto en una oscuridad total. El miedo se apoderó de nuevo de mí y traté de pensar con lógica deduciendo que se trataba de un apagón de luz causado por la tormenta, pero segundos después, un relámpago más fuerte aun me dejó ver un haz de luz que la alumbraba al centro del escenario, parada junto al bote de pintura, en la misma pose que la había descubierto hace unos minutos antes en la pared.

Ahí estaba ella de perfil, inclinada sobre una pierna estirada y otra un poco levantada dejando apreciar la silueta de sus muslos, sus delgados brazos colgaban y tenía la cabeza agachada con el rostro cubierto por esa

larga cabellera.

Un relámpago más dio entrada una melodía que comenzó a sonar en las bocinas del auditorio. La reconocí de inmediato, “Adagio”. Trataba de asimilar lo que ocurría cuando comenzó a bailar por el escenario de un lado a otro con el haz de luz siguiendo sus movimientos, mientras yo hacía lo mismo con la mirada. Agitaba los brazos con fuerza a ratos y otros con movimientos suaves llenos de melancolía en sinfonía con la melodía. No podía creer lo que veía, gozaba de cada gesto, cada sonrisa, cada expresión y cada momento que iba y venía por momentos en los que se sentaba junto a mí con ternura, sonriendo llena de felicidad con ese cabello que se agitaba en cada movimiento. Era como si su cuerpo gritara tantas emociones a la vez.

Perdí el temor gracias a la melodía, y en una ocasión de tantas que se acercó, se recostó sobre la madera deslizando su cabeza frente a mis pies que mantenía encogidos, pegados a mis piernas. Al verla recostada de esta manera me llenó de emoción y no pude resistir la tentación de tocarla y no sabiendo a qué me enfrentaba, estiré mi mano para acariciar su cabello. Se levantó de inmediato para seguir bailando mientras yo sentía como se deslizaban las gotas de pintura entre mis dedos hacia la palma de mi mano y pude sentir entonces la lluvia y el viento que arreciaban buscando arrancar el techo que nos cubría.

Los tonos de la melodía aumentaban conforme la lona cedía y dejaba pasar el agua por algunas partes del escenario donde comenzaban a formarse cascadas. Ella huía con sus movimientos de un lado a otro esquivando el agua, pero comenzó a resultarle imposible, por lo que se desvanecía un poco con cada salpicadura de agua.

Comprendiendo el peligro que corría me levanté a prisa e intenté acercarme a ella resultando esta una tarea imposible ya que cada vez que lo intentaba, me eludía.

El torrente la iba dejando sin espacio hasta que arrancó el techo y la lluvia me envolvió por completo, desvaneciendo aquella hermosa silueta del escenario. Lleno de melancolía grité y corrí hacia ella, pero no había más que un pequeño charco de pintura diluido, que desaparecía lentamente hacia el fondo.

La lluvia se fue, y con ella, aquella mujer que no sé por cuánto tiempo que pasó me llevó a soñar con pintura, música y danza.

Levanté la mirada del suelo una vez que había desaparecido por completo y con la cabeza empapada por la lluvia descubrí que ya no estaba solo. La gente corría por pasillos y calles, y hasta una persona me preguntó si estaba yo bien ya que la lona terminaba de caer llena de escombros. Entendí que era peligroso estar ahí arriba, así que ayudado

por la gente bajé y corrí de nuevo con ellos a esperar que pasara la lluvia.